

DINÁMICAS GRUPALES Y SENTIDOS PLURALES

TRABAJO, POLÍTICA PÚBLICA Y JÓVENES EN MOVIMIENTOS SOCIALES

“La emancipación es una manera de vivir la desigualdad según el modo de la igualdad. Persiste allí, irresoluta, una tensión fundamental. He intentado sacar a la luz su dinámica productiva contra todos aquellos que la encierran dentro del discurso fácil que denuncia la recuperación del deseo de emancipación en las redes de dominación. El fondo de la cuestión es simple: se parte del presupuesto de la igualdad intelectual o del presupuesto de la desigualdad”

Jacques Rancière
Analía Elizabeth Otero¹

INTRODUCCIÓN

La complejidad que presenta la inserción laboral de los y las jóvenes contemporáneos es una característica de nuestro tiempo. Y el fenómeno del desempleo juvenil es, en el extremo, la situación más acuciante ante la cual intentan dar respuesta las políticas públicas.

En el campo académico hace más de tres décadas, conforme avanzan las versiones teóricas sobre el proceso de globalización y las transformaciones derivadas de la crisis del empleo, se hicieron extensivos los análisis sobre los efectos de las mutaciones laborales en las situaciones y en las subjetividades de los y las jóvenes. Es decir, interesados por explorar en las complejidades de un mundo de trabajo que depara biografías más inestables, precarias y poco atadas a los patrones del empleo típico de antaño. De ello se desprende un eje de discusiones sobre las posibles resignificaciones del sentido subjetivo, la concepción, las valoraciones y las prácticas en torno al trabajo.

En este marco sobrevuelan debates acerca de la centralidad del trabajo en la configuración de la identidad. Estos argumentos están vinculados al desplazamiento del lugar que se le asignaba a “la ética del trabajo” que aparece gobernado por una “estética del consumo” en la cual se prioriza la

¹Dra. Analía Elizabeth Otero, Investigadora Adjunta Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede Académica Argentina. aotero@flacso.org.ar

busca de gratificaciones inmediatas, tanto monetarias como vivenciales (Bauman, 1999).

Entendemos que el trabajo es un tópico incuestionable como elemento de identidad y como organizador del tiempo vital de la vida humana, no obstante, ¿cuáles son los efectos de la desestructuración del empleo? y ¿qué generan entre los jóvenes de sectores populares? Y en particular en nuestro caso de análisis ¿cómo habitan y que piensan sobre sus experiencias, este grupo de jóvenes inscriptos en una política pública que fomenta el cooperativismo y el trabajo colectivo-autogestivo en el marco de un MS?

En esta dirección vale interrogarse si las experiencias portan pistas de nuevas subculturas, y en tal caso explorar cómo son, en qué se cimientan y si conllevan una nueva relación entre condición juvenil - acción colectiva; y política - trabajo.

Aquí, sumidos en este debate y sin inferir generalizaciones, reflexionaremos sobre las dinámicas grupales y los sentidos plurales entendidos como respuestas culturales de los jóvenes urbanos de sectores populares militantes de un movimiento social (MS) ante las políticas públicas pensadas para morigerar los efectos del desempleo y remover obstáculos para su acceso a un trabajo a través de la economía social.

Para ello: a) introduciremos el marco conceptual sobre el que pivotea el desarrollo del análisis, b) describiremos la relación entre el movimiento social - base empírica de la indagación- y las estrategias de intervención de las políticas públicas orientadas a dar respuesta al desempleo, c) mostraremos la dinámica de la cooperativa analizando la pluralidad de sentidos que los jóvenes protagonistas le otorgan a las experiencias centrándonos en dimensiones tales como los lazos afectivos generados y la flexibilidad temporal-espacial de sus prácticas laborales, d) retomaremos la lectura introductoria de autores neo marxistas sobre el proceso de modernización cultural, para brindar una interpretación sobre lo realizado, y e) concluiremos elaborando una reflexión del recorrido.

Hemos trabajado a partir de un estudio desarrollado desde una perspectiva cualitativa. Esta adopción se corresponde con un modo de profundizar en las

perspectivas subjetivas de los actores sobre sus experiencias. La consigna orientadora ha sido analizar las trayectorias y las prácticas sociales, económicas y políticas del grupo de cooperativistas nucleados en emprendimientos/productivos funcionando en el movimiento social: Movimiento de Trabajadores desocupados de Lanús parte del Frente Popular Darío Santillán (en adelante FPDS). Así pues, nuestra unidad analítica referirá a las dinámicas productivas individuales y colectivas².

En el estudio se aplicaron entrevistas individuales semi-estructuradas, siendo nuestro universo la totalidad de los cooperativistas de los seis productivos funcionando en este MS: bloquera, panificadora, construcción, herrería, serigrafía, carpintería. La labor de campo fue realizada en el segundo semestre de 2012, obteniéndose un total de 26 entrevistas a mujeres y varones, más 6 entrevistas a un informante en cada productivo³. Para la elaboración de este texto se hizo foco en las 10 entrevistas a cooperativista de 18 a 30 años de edad, todos ellos reciben un subsidio salarial bajo la órbita del Programa de Ingreso Social con Trabajo, conocido como “Argentina Trabaja” (en adelante PAT).

INCLUSION, REPRODUCCIÓN Y PLURALISMO

En un texto reciente Paul Willis, ofrece una lectura sobre las subculturas juveniles contemporáneas y en gestación. Desde una mirada sociológica crítica, el argumento pivotea entre dos elementos de contrapeso y conceptos claves como son: las movidas sistémicas lanzadas “desde arriba” y las respuestas culturales generadas en el otro polo, “desde abajo”, a modo de enfrentar situaciones vitales. Si las primeras constituyen los esfuerzos de la institucionalidad para el sostenimiento del sistema social, las segundas no son más que la manifestación de cómo los sujetos van haciendo vivible lo que

² Proyecto: *Trayectorias y nuevos horizontes. Productividad y prácticas sociales en emergentes propuestas de autogestión*. Dir.: Analía Otero, CONICET. Agradecemos la colaboración de Andrea Lazcano y Betiana Pedrozo para la elaboración de este artículo.

³ La reconstrucción se basa en los datos suministrados por los informantes del propio MS. Cabe aclarar que se desestimaron sólo tres cooperativistas jóvenes que mostraron reticencias para llevar a cabo la entrevista.

enfrentan, construyendo prácticas sociales, justificando sus acciones y otorgándoles un sentido a las mismas (Willis, 2008, p. 3). El diálogo entre ambos elementos en definitiva responde a un mismo modelo y sus reglas de juego, que pueden permanecer más o menos visibles en el vivir cotidiano pero subyacen hasta en las relaciones sociales más primarias que sostienen el andamiaje social.

Los jóvenes generan respuestas a los problemas que atraviesa una época tal y como la vivencian. En dicha productividad, este autor encontrará trazos de una conducta cultural que va forjando estrategias sobre el marco de las habilidades y posibilidades que ellos (los jóvenes) manejan. Lo significativo es que, aún cuando así lo parezcan, las respuestas no serán meras formas caóticas y dislocadas, sino susceptibles a una lógica propia e inédita que bien puede corresponderse con acciones que van desde el desenfado hasta la adaptación, pero observando sus propias lógicas y prioridades.

Ahora bien, este ida y vuelta se da en el marco de una permanente dinámica de movimientos pendulares entre oleadas. Así, las oleadas, otro de los conceptos motores de este autor, serán un modo analítico de distinguir las mutaciones producto de la modernización económica y técnico-cultural en avance, un puente para caracterizar los procesos centrales de un periodo y anunciar sus efectos que lejos de extinguirse se imbricarán con las sucesivas oleadas.

De esa forma, Paul Willis diferencia tres oleadas: una primera tiene que ver con el periodo industrial, caracterizada por una cadena de alianzas políticas entre el capital y el trabajo, donde la educación será un instrumento utilizado con el objetivo explícito de elevar los niveles de calificación de los trabajadores. La obligatoriedad escolar traerá consigo manifestaciones de resistencia cultural de la clase obrera, ejemplificadas en el rechazo de los jóvenes del sector popular que dicho autor analiza en su clásico texto de los setenta "Aprendiendo a trabajar"⁴. Los efectos del desequilibrio de las alianzas traerán consigo la

⁴ Véase el clásico texto de Paul Willis "Aprendiendo a Trabajar" editado en 1977. La pregunta inicial del texto refiere a porque los chicos de la clase obrera aceptan trabajos obreros, siguiendo el planteo de este autor el trabajo manual se traza bajo una lógica masculina y no como una lógica de explotación. La fusión de masculinidad y trabajo manual anuda en una propiedad ya no del orden de la producción sino de la masculinidad, reconocida como una

profundización del proceso de secularización y una respuesta de clase bajo la cultura de la resistencia.

Una segunda oleada aparecerá ligada a la emergencia del pos-industrialismo y la crisis del empleo con una consecuente dislocación social y cultural. Su expresión más acabada cobrará forma en el fenómeno expandido de desempleo juvenil y las injerencias de la intervención estatal en el acceso y la regulación del mercado laboral. El carácter de este tiempo mostrará una clase obrera expuesta al sin sentido de su propio futuro individual/colectivo ante la restricción del acceso al trabajo obrero con continuidad. La desestabilización de la condición de la clase obrera será una cara del binomio, la otra tendrá que ver con la puesta en marcha de políticas públicas que intentan forzar nuevos destinos. Procesos que notoriamente traerán aparejados un contexto constructivo de mayor pluralismo de sentidos.

Finalmente, una tercera oleada de modernización cultural refiere al proceso de globalización, donde especialmente los jóvenes, se encuentran interpelados por “la plétora de las mercancías culturales” (Willis, 2008, p.111). Será un escenario de combinaciones entre los sedimentos de las anteriores y los nuevos procesos ligados a la mercantilización extrema en todos los ámbitos de la vida social cuyo ápice y rasgo diferencial es la expansión y avance de los consumos culturales.

La complejidad de la etapa actual consiste en que confluyen y se imbrican los procesos de secularización social y pluralismo de sentidos, una dislocación producto de las mutaciones en el mercado laboral, y un escenario de mixturas entre los efectos de ambos procesos, en conjunción con el atravesamiento del mercado-consumo en todos los órdenes de la vida social.

La conjugación de procesos institucionales desde arriba (actor estatal) y en el otro polo las prácticas sociales gestadas “desde abajo”, que involucran acciones individuales y colectivas, resultan en una trama cultural múltiple y compleja. En particular, tomando la lectura del caso de nuestro análisis, este choque de fuerzas nos sitúa ante variantes que tienen como base importantes

calidad del ser y destino. En la “extraña” articulación entre las divisiones sexuales y laborales se asienta una cultura que acepta voluntariamente el trabajo manual –a simple vista menos deseable que otros-; y lo asume incluso con cierta satisfacción. (Willis, 1998).

reconfiguraciones en el mundo popular que son centralmente producto del plano laboral.

En este marco, la precarización laboral y la desestandarización de los modos de reproducción material estarán en la base de la cuestión social de la época.

Los y las jóvenes del grupo entrevistado son parte de una generación profundamente afectada por las problemáticas laborales, pero además hipotéticamente podemos suponer que sus trayectorias familiares cuentan con un pasado de rupturas y quiebre respecto de la cultura obrera, pues provienen de familias que en buena parte de los casos, hace dos generaciones no logran insertarse en un empleo formal.

DE SENTIDOS, SOPORTES E INDIVIDUALIDAD

En este punto, vale decir que la conducta cultural y sus manifestaciones muy poco predecibles son parte y reflejo de los impulsos modernizadores ligados a las transformaciones de las sociedades capitalistas occidentales. Ciertamente los procesos emanación de las oleadas no serán neutrales o de escasas incidencias sino formas de contribución al sostenimiento y reproducción del andamiaje social.

La yuxtaposición de efectos resultará en un esquema notoriamente complejo de asir y comprender. Las transformaciones serán trascendentes. Uno de los efectos, entre otros, será la secularización del mundo social y la pluralidad de sentidos es decir, la pérdida de marcos valorativos, normas y tradiciones comunes, que operaban doblemente como elementos sobre los cuales se montaban las identidades singulares y en relación a los cuales giraban las acciones y aspiraciones de los proyectos vitales de los sujetos, “Si todo vale, nada vale de verdad, y el sujeto, desorientado, se ve obligado a construir, por sí, puntos de referencia que den sentido a su experiencia y a su futuro” (Marrero, 2011, p. 16).

En los recorridos analíticos del orden secular, tendrán lugar privilegiado la relación entre la construcción subjetiva –individual y colectiva-, el pluralismo de sentidos y los modos singulares en que cada individuo elabora respuestas

frente a las encrucijadas modernas, que lo compelen a armar sus propios sentidos y otorgar legitimidad a sus experiencias, recorridos y trayectorias.

A su vez, el pluralismo evoca prácticas que requieren la figura de un individuo imperiosamente compelido a ser soporte de sí. En esta línea, Dubet propone un enfoque sociológico que gira en torno del concepto de experiencia social, una noción con la que pretende designar las conductas individuales y colectivas dominadas por la falta de homogeneidad de sus principios constitutivos y por la actividad constante de individuos que deben construir el sentido de sus prácticas. De aquí que, la experiencia social es, sobre todo, una experiencia construida donde: "...la concepción del mundo social como único y coherente resulta del trabajo del individuo que organiza el trabajo de su experiencia a partir de formas definidas." (Dubet, 1994, citado en Benedicto y Morán, 2002, p.101).

También, Martucelli avanza en reflexionar sobre la orfandad del hombre ante el advenimiento de la modernidad y el desarme de marcos normativos e institucionales, poniendo énfasis en las gramáticas del individuo y echando mano a ciertas dimensiones analíticas para comprender el modo bajo el cual son aprendidas. Desde aquí como primer definición entiende que "Ser un individuo, es estar definido por el doble sello incomprensible de la soberanía sobre sí y de la separación con respecto a los otros. La pregunta original de una sociología de la individuación es, por lo tanto, la de saber cómo es capaz el individuo de tenerse frente al mundo". (Martucelli, 2007, p.37).

Sin embargo desde la mirada sociológica y desde la teoría reproductivista la posición de los actores explicaría los modos de tenerse pues definiría las maneras de ver, experimentar y actuar en el mundo. Justamente la desestabilización institucional va a ser la interpelación más aguda a este supuesto donde la determinación reside en la posición de los sujetos en la estructura social. La paradoja es que es una época en la cual las desestructuraciones institucionales y el pluralismo de sentidos conviven con la emergencia de acciones colectivas de diferentes signos. En este sentido, entendemos que la propuesta de Willis resulta un argumento convocante pues permite considerar las respuestas juveniles como parte de una construcción

cultural poco predecible y no por ello carente de sentido, lógica y cuotas de creatividad.

Pero hay más, los modos de actuar de los individuos en las sociedades actuales no parecen ajustarse a determinismos lineales, muy por el contrario son muestra de escenarios bien complejos de analizar. En estos escenarios, siguiendo a Dubar “Los individuos son compelidos a construirse identidades personales que deben traducirse en “proyectos de vida” y en “competencias” que ya no vienen “dadas” al nacer, ni están puramente “determinadas” por el lugar en la división del trabajo sino “construidas” por y en la experiencia personal y biográfica. Por esta razón, se hace necesario un doble “trabajo sobre sí”, para proveerse de una “forma reflexiva” y de una “forma narrativa” que constituyen las dimensiones societarias de la identidad “para sí”, la de un sujeto que no se reduce al conjunto de sus roles sociales “(Dubar, 2001, p.14).

Entonces, los individuos quedarán sometidos a ser y armar sus soportes, aprender de sus experiencias y demostrar la expertiz adquirida en la construcción de sus trayectorias. Esto dará cuenta de la apropiación que cada uno hace de las enseñanzas que recoge en su propio recorrido, que también dará paso a su poder para ponerlas en un relato sobre sí mismo que lo define y lo identifica ante los otros.

En este sentido, no hay que olvidar que la finalidad de los soportes es asegurar las maneras de tenerse y que estas constituirán un objeto analítico para la lectura sociológica de los sujetos individuales y colectivos.

En la condición moderna los soportes son múltiples y su combinación recae en una acción de construcciones, el trabajo requerido cuya productividad es en cierto modo inédita y poco asible está apoyada en vínculos y tensiones, más o menos visibles, más o menos confusos. Esta dimensión resulta de utilidad para replantearse el problema de la socialización, en este caso la juvenil, y como veríamos los pilares que otorgan sentido a las prácticas sociales de su experiencia actual de participación política y laboral, que resulta en la base de una acción colectiva.

En el caso de nuestro análisis, una forma de tenerse es la capacidad para el manejo de esa vinculación política y trabajo a través del colectivo que le

permite expresión a la individualidad. Una de las dimensiones de la acción colectiva cobra singularidad a partir de que es un medio soporte externo significativo, donde el aporte va a ser el relacionamiento y una manera de atenuar la sensación de disgregación, una forma de colectivizar un problema individual, que a partir de ahora se reconoce como tema colectivo: la falta de trabajo. En este caso, el triado: planes sociales, trabajo y participación será una forma de subsistir y permanecer en la posición de clase que le permite dar expresión a la individualidad.

Podemos sostener como hipótesis que la dimensión grupal, bajo la matriz particular del MS en análisis, habilita condiciones de posibilidad para atenuar el desamparo. Es decir es posible la atenuación de las orfandades a través de la grupalidad de las individualidades. Si es así, es este el contexto socializador en el que cobran expresión las pistas de una subcultura juvenil ligadas a las profundas transformaciones del mundo popular. En lo que sigue analizaré el carácter de las mismas entendiendo que es una subcultura más desafectada de las formas de trabajo obrero y en cierta medida defensora de la plétora de la legitimidad de clase montada en la dignidad del trabajo. Y también, más permeada por la defensa de la lucha y la demanda, es el lugar donde se promueve la construcción y acción de individualidades en un espacio con una convocatoria de participación horizontal.

UN MOVIMIENTO DE TRABAJADORES DESOCUPADOS

Siguiendo la propuesta de Melucchi los movimientos sociales son formas de acción colectiva que apelan a la solidaridad, explicitando un conflicto social y operando como signos desafiantes-reveladores de la irracionalidad y parcialidad del sistema de códigos culturales dominantes. (Melucchi, 1994). Sintéticamente, tanto por la falta de reduccionismos como por su apertura al análisis cultural, la propuesta que ofrece el autor nos resulta oportuna y adecuada para el caso del movimiento de trabajadores desocupados.

El movimiento social, sujeto de nuestra indagación, surge a fines de los noventa en un territorio del Conurbano Bonaerense, al Sur de la provincia de

Buenos Aires. Una zona de mucha pobreza que es histórica y estadísticamente prioritaria para la de intervención de la política pública y, que a pese a una década de relativa recuperación económica y descenso del desempleo (2003-2013), presenta núcleos de pobreza persistente donde buena parte de la población joven está al margen del mercado formal de empleos de calidad y sigue encontrando múltiples obstáculos a la hora de insertarse laboralmente. Siguiendo los datos de los indicadores laborales del GBA de (EPH-INDEC), durante el primer trimestre de 2013, la tasa de desempleo de la población de mujeres de entre 14 y 29 años alcanzaba un 22,1% y entre los varones del mismo grupo etario un 15,8%. Es decir que, pasada la crisis económico-político social de la etapa neoliberal de los noventa y la efervescencia de las manifestaciones de protesta social lideradas por los movimientos de trabajadores desocupados, seguía siendo un territorio acuciado por la problemática del desempleo juvenil.

Considerando la etapa precedente, las relaciones entre el Estado y movimientos sociales han dado un viraje sustantivo en la última década. Este escenario está asociado no solo a los alcances de la política económica sino también a las nuevas estrategias y reglas de juego que desde el 2003 impone un nuevo gobierno progresista. Este, tras lograr un relativo equilibrio político institucional, enarbolar la lucha de los DDHH y desestimar los métodos represivos contra la protesta social, marca una estrategia de mayor acercamiento e inclusión hacia las poblaciones socialmente más vulnerables - núcleo de los movimientos sociales surgidos en la década pasada-, junto con el impulso de un esquema de políticas públicas de mayor extensión y apertura.

Ante ello la multiplicidad de movimientos sociales actuantes se ve ante la encrucijada de alianzas, negociaciones y/u oposiciones a los lineamientos de la política oficial de extracción peronista. Esta situación que derivó en una profundización y aislamiento del ya fragmentado espectro de las organizaciones y movimientos sociales, que no logran articular un frente de lucha común.

Sin embargo, un elemento de continuidad entre los distintos periodos es que los planes y políticas sociales han sido y son el elemento de negociaciones entre el estado y los Movimientos Sociales de distinto cuño.

Para el FPDS como para otros movimientos sociales, los planes sociales son un soporte medular de su estructura organizacional, así como una fuente de conquistas y cohesiones internas que habilita generar una identidad colectiva basada en la lucha entablada al estado bajo la demanda de “trabajo digno y cambio social”.

A su vez, desde sus orígenes este Movimiento Social se postula como un movimiento anticapitalista, de matriz autonomista, es decir, fuera del registro partidario sindical y cualquier instancia institucional, promotor de una construcción política en base al trabajo territorial, que apuesta a la construcción de emprendimientos (a largo plazo) autosustentables y precursor de un modo de participación horizontal y democracia directa.

Ha logrado ser uno de los movimientos que alcanzó visibilidad en el escenario nacional por su perfil claramente combativo y por haber sido víctima de la represión policial. De hecho uno de sus integrantes de 23 años, Darío Santillán, fue asesinado durante el 2003 en un enfrentamiento policial. El suceso fue conocido como “La masacre de Avellaneda” y tuvo una amplia repercusión mediática internacional.

Hoy, a más de una década de su creación el FPDS sigue nucleando en su seno mayormente a mujeres y jóvenes de la zona, mantiene su posicionamiento autonomista y a fuerza de negociaciones con el gobierno nacional ha logrado establecer una relativa autonomía en lo que hace al manejo de los subsidios (empleo, alimento) en su interior. Esta situación les permite dar impronta y sello propio a las actividades comprendidas bajo diversos programas sociales. Así lo hacen con las políticas públicas de orientación socio-productiva recientes, que son propuestas como superadoras de las variantes consideradas asistencialistas.

En efecto, los últimos programas sociales como el PAT⁵, consisten en diseños orientados a impulsar y fortalecer el desarrollo de cooperativas de trabajo, extendiendo así la red de economía solidaria en los sectores más vulnerables de la población. Se presenta como una política de reactivación una “política

⁵ Véase: Dirección Técnico Administrativa del Programa. "Argentina trabaja: Ingreso Social con Trabajo"
<http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/4.%20Gu%C3%ADa%20informativa.pdf>.

activa de empleo” que otorga un subsidio salarial a los trabajadores activos nucleados en las propuestas⁶.

De modo que la política pública vinculada al empleo vira hacia un horizonte donde el desempleo intenta ser atacado por políticas que promueven la autogestión y apelan a la capacidad de los movimientos sociales para fomentar el trabajo colectivo, formateado jurídicamente en “cooperativas” ancladas en el mundo y territorio de los destinatarios.

Así las cosas, la singularidad de la implementación en terreno es que, dados la trayectoria y los rasgos que caracterizan a este movimiento social, la situación habilitó una fusión entre sus prácticas internas y la acción programática. Más concisamente, los subsidios derivados del PAT han devenido en un soporte fundamental de los militantes- trabajadores nucleados en los emprendimientos, muchos ya en marcha desde la etapa fundacional FPDS⁷.

La composición de los emprendimientos es a todas luces heterogénea en términos etarios, lo que abre la posibilidad de lecturas en clave generacional.

En los próximos apartados ofreceremos un análisis que recoge los discursos acerca de los pilares que dinamizan la experiencia en el marco de estas propuestas y al mismo tiempo mostraremos los sentidos que subyacen a las mismas.

Consideramos que estas son en buena medida parte de las respuestas culturales juveniles tributarias de una etapa de laxitudes del empleo, que pueden devenir en metáforas de los movimientos de nuestros tiempos.

⁶ El programa referido, actualmente es uno de los más importantes en términos de recursos y logística. Es también uno de los programas de mayor alcance en el territorio de la provincia de Buenos Aires. Durante el 2010 la cantidad de personas incorporadas PAT era de 157.089 y de este total 137.291 residentes de Buenos Aires. Sobre el total de la población incorporada al PAT el grupo etario de 18 a 24 años alcanzaba el 34 % y la franja de 25 a 29 años el 15, %, de modo que ambos grupos concentran alrededor del 50% de los cooperativistas (Fernández, 2010).

⁷ Vale aclarar aquí que el PAT se trata de un programa destinado a personas sin ingresos formales en el grupo familiar, que no perciben prestaciones de pensiones jubilaciones nacionales o de planes sociales a excepción del programa de Seguridad Alimentaria. Por su parte, la conformación de la cooperativa requirió de la presentación de una propuesta y una lista de candidatos para los cupos del programa. Para la elaboración de esta última se priorizó la incorporación de aquellos que ya contaban con cierta continuidad como integrantes de la acción colectiva.

DINÁMICAS GRUPALES Y SENTIDOS PLURALES

Nuestros entrevistados promedian los 27 años y sus trayectorias sociales, educativo, laborales presentan rasgos transversales, entre otros, todos ellos habitan en el territorio de base del FPDS y provienen de familias de sectores populares del conurbano bonaerense. En gran parte de los casos sus mismos progenitores hace décadas atrás ya fueron excluidos o nunca ingresaron al mercado laboral formal. Los trabajos precarios, las changas y, la presencia del estado vía programas de política pública son las fuentes de ingresos más conocidas⁸.

En el ámbito educativo concluyeron el primario en escuelas públicas, pero pocos obtuvieron el título del nivel medio. Entre estos jóvenes el abandono escolar en los primeros años de la secundaria es un rasgo frecuente y apenas un par de ellos, retomaron sus estudios.

En cuanto a sus trayectorias laborales, la reconstrucción de sus historias y de las experiencias previas al ingreso en el “cooperativismo” indican una serie de características claves. Básicamente las experiencias laborales se circunscriben a trabajos de muy baja calificación mayormente en el sector servicios, changas u actividades esporádicas de subsistencia, y sobre todo trabajos precarios, de escasa estabilidad y muy variable duración.

Los entrevistados cuentan entre 4 meses y 13 años como militantes - la gran parte lleva más de 5 años-. En términos generales, se trata de jóvenes que ocuparon roles en aéreas de la estructura organizativa del movimiento social, y fueron asumiendo tareas diversas a lo largo de su trayectoria como participantes de la acción colectiva. Desde relaciones con otros movimientos hasta estadías en varios de los grupos productivos y/o comunitarios; además, todos participan de actos de protesta impulsados desde este movimiento de trabajadores desocupados.

Para el conjunto el ingreso al movimiento social mediatizó su inscripción como cooperativistas y actualmente desempeñan sus actividades en los seis pequeños grupos productivos antes mencionados -:panadería, carpintería,

⁸ Véase (Otero, 2006).

herrería, bloquera, construcción y serigrafía-, que cuentan entre 3 y 10 trabajadores -mujeres y varones de distintas edades-, y manejan una producción de baja escala vinculada a la economía social y a trabajos cuasi manuales.

A través del trabajo analítico hallamos dimensiones que a grandes trazos nos permiten reconstruir la dinámica interna del funcionamiento grupal y los aspectos reconocidos por el conjunto de los entrevistados sobre sus experiencias actuales de productividad y prácticas desarrolladas. Se trata de una serie de pistas recurrentes donde se asientan y articulan opiniones, valoraciones y descripciones sobre los espacios de trabajo, entre las cuales destacan:

1. El carácter afectivo de los lazos sociales generados al interior de los espacios cotidianos de trabajo.
2. La presencia de una figura referente en cada uno de los pequeños emprendimientos productivos parte de la propuesta del movimiento social.
3. La flexibilidad espacio - temporal de la labor productiva desarrollada.

1. *Afectividad y trabajo: el carácter de los lazos socio laborales*⁹

A la hora de opinar sobre sus experiencias actuales en la cooperativa, los y las jóvenes, lo hicieron priorizando los lazos afectivos y vinculaciones con el resto de sus compañeros. Más que a los aspectos referidos a las tareas laborales-productivas la valoración positiva del emprendimiento gira en torno a las redes solidarias y afectivas forjadas en el intercambio cotidiano. Esto remite a cierto bienestar-comodidad generado en el espacio colectivo de trabajo que trasciende su desempeño como trabajadores y/o militantes, en tanto hace hincapié en aquel espacio que habilita las condiciones para crear o reforzar una red de relaciones sociales y lazos afectivos entre los miembros.

⁹ A lo largo de los próximos apartados se apeló a la utilización de nombres y/o sobrenombres ficticios a modo de mantener el anonimato y preservar la identidad de los entrevistados.

La importancia que se le asignan a los aspectos más subjetivos de su propia integración al grupo y a los compañeros que comparten el tiempo cotidiano aparece en primer plano con un peso simbólico central.

La valoración de esta carga afectiva y el reconocimiento de la generación de vínculos de sociabilidad entre pares, permite una posición confortable que facilitará la identificación de los miembros con los distintos roles de desempeño, en particular, en la cooperativa como trabajador y compañero.

La relación subjetiva con el trabajo aparece montada sobre la dimensión relacional de los vínculos con el reducido colectivo de trabajadores. La productividad -individual y colectiva- de los afectos aparece intrínsecamente asociada a la valoración, de este soporte grupal.

Más precisamente, nos referimos al carácter afectivo de los lazos sociales expresado en los diferentes sentidos que los jóvenes van construyendo al interior de los productivos del movimiento social. De esta manera, para algunos jóvenes este componente afectivo se desarrolla desde un sentido individual, expresándose en lazos filiales contruidos con otros integrantes del movimiento, como explican algunos entrevistados:

“...como que es más sentimental el tema del MTD, porque ya nos conocemos todos, somos como familia ya... pasamos mayormente el tiempo acá, y si no tenemos para hacer nada estamos todos ahí adelante... En el otro trabajo no, yo al otro trabajo voy y trabajo. Me hablo, conozco al muchacho que trabaja conmigo pero es como diferente, porque a veces agarré laburo que no conocía y que era para trabajar....” (Marcelo, Varón, 21 años, Herrería)

Más que las tareas concretas de desempeño diario o el vínculo laboral que se establece con el espacio productivo, lo que aparece en primer plano es una ligazón con el movimiento que se enuncia como un sentimiento. Un sentimiento que trasciende la esfera del trabajo y la militancia para formar parte de un estilo de vida que les es propio, y que lo entienden como un componente que establece diferencias sobre el conjunto de los participantes de la misma experiencia.

“...hay compañeros que vienen a trabajar y otros que sentimos el MTD adentro, es nuestra vida el MTD”. (Esteban, Varón, 27 años, Obra).

Para otros jóvenes en cambio, los lazos afectivos que van generando en su recorrido laboral por el movimiento social, se desarrollan apelando a un sentido plural, expresando así un lazo no solo afectivo sino también político, construido con otros jóvenes en su historia de lucha compartida como militantes de una organización social, que los relaciona afectivamente desde los diversos roles y funciones asumidos en el FPDS, reconociéndose mutuamente como compañeros:

“Vengo todos los días acá... Es mi laburo. Aparte lo tomo como una... ya... como una... parte mía, digo, estar en MTD, digo, salir a luchar con los compa... toda la historia que pasamos. No sólo es el laburo lo que me... Digo, lo que... te ata acá. Porque si bien estamos todos por una cuestión de necesidad, ¿no?, por eso salimos a pelear todos juntos, pero después... nada, estamos. Por eso, lo que podemos generar entre nosotros, lo que podemos hacer de trabajo y eso... es mucho mejor poder hacerlo entre nosotros, decidir las cosas entre nosotros que el patrón no se te quede con, no sé, parte del sueldo, ¿no?, como pasa en un montón de casos. Y decimos “Che, mañana vamos a luchar” y no, no... no trabajamos y lo decidimos entre todos y digo, eso. Eso es lo bueno de poder estar entre los compañeros. Por esa elección también estoy acá!”(Darío, Varón, 27 años, Obra).

Finalmente también hallamos expresiones en las cuales destacan el compañerismo y el tipo de relaciones horizontales que se promueven en la acción colectiva. En este sentido, se valoriza el intercambio entre pares sin establecer jerarquías y, el trato directo de los integrantes del movimiento social independientemente de los roles sociales que ocupen o de las responsabilidades que asuman en el colectivo.

“Acá hay compañeros que está la madre, la abuela, la hija. La nietita viene lo cuidan a la tarde cuando va al bachi. Eso nos parece que está buenísimo, ahora cuando viene al MTD deja de ser la mamá de esa señora y es una compañera más y la otra deja de ser la hija de una. Somos todos compañeros, no somos familia” (Esteban, Varón, 27 años, Obra)

2. El referente: Articulaciones de la dinámica cooperativa

Otro rasgo característico que hace a la dinámica de cada uno de los emprendimientos lo constituye la presencia de un trabajador que implícita o explícitamente ocupa el rol de referente.

Es en esta figura donde parece descansar el soporte y la vitalidad de cada grupo y en él recae buena parte de la organización del mismo. Se trata de figuras que se destacan por su gran conocimiento y experiencia en las actividades laborales correspondientes al rubro, específicas de los productivos, y/o que se corresponden con militantes bien activos al interior del MS, es decir, participantes que se desempeñan actualmente y/o cuenta con una larga trayectoria en distintas instancias de participación política. Esta última entrada parece actuar reforzando su papel como integrador entre las consignas y dinámicas del movimiento y de las trayectorias que van desplegando cada grupo de trabajadores.

La identificación de esta figura no muestra ninguna dificultad para nuestros entrevistados, es en él en quien recae contar la historia del productivo a partir de su fundación e informar sobre los avatares y variantes que ha sufrido desde entonces y hasta nuestros días. Es también aquel que cuenta con mayor información sobre cómo funciona en su conjunto la estructura organizativa de cada grupo.

No obstante, la connotación de la figura del referente es múltiple puede ser el que más sabe del oficio o quien ocupa una posición de mayores responsabilidades en el área política, y su función resulta clave como nexo que comunica y articula a cada productivo con la estructura organizacional más amplia del movimiento social. Obviamente en algunos casos ambas connotaciones aparecen en confluencia en un solo referente. En el primer caso, ocupan un rol destacado como transmisores de saberes informales del oficio y tareas específicas del proceso de trabajo y la productividad del bien comercializable. En otros, en los referidos al segundo caso, este rol declinará pasando a ser central aquella tarea vinculada a transmitir las decisiones y temas que se establecen en otros ámbitos e instancias del MS de los cuales los demás trabajadores permanecen en buena medida alejados.

Claro está que el rol del referente no es un estándar y, al igual que los otros roles las distinciones provendrán tanto de los rasgos individuales como de qué manera se desenvuelve en el mismo.

Resulta observable que se abordan las articulaciones y tensiones de la dinámica de productividad a partir de la figura del Referente. La tarea de este

último es relevante en la construcción y transmisión hacia los jóvenes cooperativistas de los fundamentos, roles y funciones del trabajo autogestivo.

Para algunos jóvenes este rol se construye desde un discurso con características plurales y políticas, en donde se apela a la lucha por el trabajo digno sin patrón, como explica uno de los entrevistados:

“Vos le estás diciendo trabajemos lo que tengamos que trabajar pero definámoslo nosotros, cobremos lo que podamos cobrar pero definámoslo nosotros, y en eso sí me parece que es un clic terrible para un pibe. Hay muchos que no lo soportan y que se van y te dicen, decime qué es lo que tengo que hacer... y hay otro que lo entienden se copan y van para adelante” (Esteban, Varón, 27 años, Obra)

También, para otros jóvenes los referentes son modelos a seguir, de esta manera, los lazos afectivos cobran relevancia desde un sentido individual. Los referentes buscan construir espacios de contención con los jóvenes que les permitan revalorizar su tiempo de trabajo y su condición de trabajadores. En este sentido, los jóvenes expresan que el referente es un compañero con el que pueden aprender y evacuar sus dudas sobre el trabajo:

“...fue cuando lo conozco a Leo, cuando empiezo a estar más con Leo, me empiezo a dar cuenta que esto no era una bolsa de trabajo o venir acá para justificar que te daban un plan, me empecé a dar cuenta que podía hacer otras cosas, que uno podía hacer, que uno podía dar para tratar de conseguir cosas, y me di cuenta que mi tiempo valía y que podía dar algunas cosas y empecé a interiorizarme, a ver Leo y esto cómo es? A ver contame, yo lo hago sufrir a Leo lo torturo todo el día...aparte tenemos varias cosas en común así el día a día, así que sí él es el que mejor me llevo, él es mi compañero de trabajo, de movimiento todo todo...” (Matías, Varón, 27 años, Bloquera).

Sin embargo, las diversas tareas y roles asignados a los referentes del Movimiento no siempre son reconocidos por el conjunto de jóvenes trabajadores, principalmente los que no han desarrollado una participación orgánica en el movimiento expresan mayores reticencias con la figura. De esta manera, la figura del referente al interior de los espacios de trabajo produce también tensiones en la dinámica de productividad:

“...hay diferencias capaz entre algunos compañeros y nosotros, capaz porque somos medio cabrones en el sentido de que hay compañeros que son por la cooperativa y hay compañeros que son militantes y no vienen por la plata solamente y bueno te ponen situaciones, ponele vos tenés que venir a tal horario o tenés que firmar y eso no es estar en el Frente, porque si no, entran a las ocho los compañeros y yo vengo a las

diez pero él se va a las 12 y yo me voy a las 6, y vos no me podés decir a mí que yo no voy a firmar o que yo llegue más tarde digamos que yo lo compenso...digamos que tenemos distintas formas, digamos” (Chino, Varón, 27 años, Herrería).

“Capaz que si yo veo que necesitan una mano yo sí voy, pero como te digo cuando vos ves que está uno laburando y todos sentados, para qué me voy a acercar?”(Chino, Varón, 27 años, Herrería).

3. Flexibilidad y combinaciones: la gestión autónoma del tiempo

La disposición autónoma de sus propios tiempos y tareas es una característica que hace sumamente valorada la experiencia. En igual sentido que los lazos afectivos circulan en el cotidiano y resultan un pilar, soporte de su participación, por tanto abrevan la vitalidad de la construcción colectiva.

He aquí que otro de los ejes valuados por nuestros entrevistados se da en el plano de la organización del trabajo diario, ya que, la distribución de las tareas concretas del trabajo surge cuasi espontáneamente entre los mismos compañeros dependiendo del proceso productivo y los pendientes, es decir que las tareas que realizan no están sujetas a un ordenamiento preestablecido, ni los trabajadores dependen de imposiciones jerárquicas que regulen actividades y ritmos de trabajo diario.

Hay una suerte de flexibilidad en los horarios y tareas que hacen posible escapar a la rutina rígida que ofrece otros tipos de empleos formales dependientes. Este modelo de funcionamiento permite cierta compatibilidad con eventuales actividades que pueden surgir en la marcha, y quizás el ejemplo más concreto es entre aquellos que articulan diferentes roles: político/administrativo que se superponen a los tiempos de trabajo en los productivos.

Si nos centraremos en los sentidos construidos por los jóvenes referidos a la gestión autónoma del trabajo, esta forma de llevar adelante el proceso productivo presenta una mayor revalorización y flexibilidad en los usos del tiempo laboral. Estas características son asumidas –individual y colectivamente- en forma positiva. Como describe el próximo relato:

“...acá no te mandan, acá vos sos tu patrón, vos decís bueno ahora paro y empiezo en una hora a trabajar, o te podés ir y compensarlo después al otro día, eso está bueno”. (Chino, Varón, 27 años, Herrería)

Asimismo, como adelantáramos, esta forma autogestiva presenta una enérgica rotación de tareas en donde algunos jóvenes asumen diversos roles y responsabilidades que los conecta en un sentido plural y político con los diferentes espacios y barrios que componen el FPDS:

“Acá variamos muchísimo los roles que tenemos los compañeros, antes trabajaba en el Barrio La torre era responsable de mercadería del barrio, después pasé a ser responsable de finanzas, después relaciones internas, después relaciones internacionales, reuniones de coordinación, de seguridad, he variado casi la mayoría de los puestos” (Walter, Varón, 30 años, Serigrafía).

“En el Movimiento estuve trabajando en un taller textil pero más que nada de costura eran casi ocho horas de lunes a lunes y no me daba tiempo para nada, y fue en el 2006 dejé el movimiento un año dejé de participar así en lo que eran los grupos todos. Ahora estoy en el grupo de Serigrafía” (Walter, Varón, 30 años, Serigrafía).

Para otros jóvenes esta rotación se expresa desde un sentido individual en lazos afectivos que otorgan experiencias de socialización y compañerismo con otros jóvenes, como comenta el entrevistado:

“En el Frente estuve en serigrafía. Entré acá unos meses pero no había trabajo, yo estaba esperando también cobrar el plan en ese momento era 2003, entonces bueno salió para trabajar acá con los compañeros de serigrafía, estuve acá trabajando con ellos aprendí, y tuve experiencias salíamos por todos lados a vender y bueno a conocer a compañeros porque íbamos a ferias. Después pasé a bloquera también un tiempo trabajando con ellos” (Luciano, Varón, 26 años, Herrería).

La gestión autónoma del trabajo se caracteriza por una organización colectiva de este último, no jerárquica, que promueve la cooperación y participación de los trabajadores en la organización del trabajo:

“...nosotros tenemos nuestro propio horario y tenemos nuestra propia tarea sabemos qué es lo que tenemos que hacer y ninguno le dice al otro che vos tenés que hacer esto o lo otro, ninguno nos mandamos sabemos que venimos y uno se pone a limpiar allá, el otro se pone a hacer un diseño o copiar sabemos que alguno tiene que sacar la hidro. Nosotros tres ya sabemos y podemos organizar nosotros mismos nuestro trabajo...” (Walter, Varón, 30 años, Serigrafía).

Los trabajadores explican que en cada productivo se realizan asambleas en donde se discute y planifica la producción, funciona como ámbito de discusión y decisión al interior de los proyectos productivos.

“Las decisiones las tomamos en Asamblea y las tomamos entre todos.”
(Darío, Varón, 27 años, Obra).

Todos los jóvenes destacan como positivo la participación asamblearia en sus espacios cotidianos de trabajo, estas instancias colectivas son también construidas desde lazos sociales afectivos que les posibilitan reconocerse y resignificar sus trayectorias laborales en un colectivo de trabajo. Este carácter afectivo de la organización asamblearia produce significados plurales en los jóvenes trabajadores. Desde un sentido individual se valora como positiva la construcción colectiva pero diferenciándola de la construcción política del movimiento:

“...en eso no me meto...mi política esta acá, (señala la herrería) no tenemos política...” (Chino, Varón, 27 años, Herrería)

Otros jóvenes valoran la organización asamblearia como una construcción política alternativa, sin embargo son reticentes a desempeñar la función representativa que conlleva la militancia orgánica en el movimiento:

“En el MTD estuve en Seguridad –de los cortes- fuimos así un poco dando capacitación, formación a los compañeros darle una mano en eso...no?, nunca me gustó meterme así en lo orgánico, así, representar a alguien, si lo tengo que hacer sí lo hago, voy a las reuniones pero no soy de llevar la palabra de otro, no, no va en mí, quizás no va en mí por mi personalidad” (Luciano, Varón, 26 años, Herrería).

El uso del tiempo es el eje articulador de una dinámica que permite alternativas de instancias y actividades. La distribución de las tareas diarias depende de los acuerdos establecidos en forma consensuada entre el colectivo de trabajo, es decir las pequeñas agrupaciones de trabajadores nucleados en los emprendimientos, y las formas en que cada uno encara sus tareas se dan con cierta espontaneidad. Mientras que la flexibilidad en el manejo de los tiempos de trabajo les permite compartimentar diversos roles: de militante, trabajadores, madres, estudiante, etc.

La posibilidad de auto-gestionar y organizar sus actividades con cierta flexibilidad y espontaneidad resulta un elemento resaltado positivamente por los jóvenes entrevistados.

Contracara de esta forma particular de valorar la experiencia de autogestión de su propio tiempo deja entrever el rechazo a la lógica disciplinaria de un modo

reglado y regulado. Esta es una lógica ajena a las disciplinas impuestas externamente al MS.

Esta dimensión puede decirse que es la contracara de esta forma particular de escape al verticalismo social. Trabajos más autónomos, distribuciones flexibles y circulación de saberes informales que generan un ritmo donde se va y se viene con cambios de orientación y difuminación de sentidos a largo plazo. Ello está en la base de una subcultura apoyada en la construcción de la identidad colectiva del movimiento.

El uso del tiempo gira sobre dos pilares estructurantes guarda un sentido doble: permite apelar a las alternancias y permite autogerenciarse, pilares que anuncian un modo singular de relacionarse.

¿PISTAS DE UNA NUEVA SUBCULTURA?

Aquí nos interesa retomar los códigos simbólicos que circulan entre el componente juvenil del movimiento como una forma particular de respuesta cultural a su situación sociolaboral. En el marco donde se originan estas respuestas las intervenciones del actor estatal son centrales. Por un lado, el gobierno nacional resulta un actor activo en tanto deviene en empleador fuente de recursos salariales. Por otro lado, estas intervenciones plasmadas en los recientes programas sociales, son un vínculo con el MS, resultando un ensayo novedoso de imbricaciones entre trabajo-política y jóvenes de sectores populares.

Así las cosas, una vez cubiertos los subsidios salariales entre los cooperativistas, aun ampliada la cadena de redes de las políticas sociales y los recursos con que se dispone, los participantes se enfrentan con otros no menores obstáculos producto de las acumuladas desventajas históricas con que cuenta el sector popular. De hecho, a modo de ejemplo, la reproducción de rezagos educativos sigue evidenciándose en sus trayectorias. A pesar de que las brechas en materia educativa tendencialmente tiendan a ser menores, estos jóvenes en su mayoría no llegan a transitar el nivel superior o incluso finalizar la secundaria.

La lógica del trabajo no deja de estar presente como una de las instituciones de peso, sin embargo las brechas entre ocupación y empleo con las prácticas que desempeñan actualmente los jóvenes son evidentes. La combinación entre planes, autogestión, precariedad-changas y actividades de otra índole es lo que forma parte del cotidiano.

La desorientación, el pluralismo, el desentendimiento con el mundo verticalista del trabajo, ambiguamente retomado y rechazado, es un quiebre que trasciende con mucho a las intenciones del movimiento social, más bien retrata que nos enfrentamos a una compleja trama de transformaciones en los sectores populares.

Estas situaciones están ligadas a las transformaciones del mundo popular y son tributarias de las reestructuraciones del mundo laboral -léase crisis del empleo y sus flexibilizaciones-, generando a la vez zonas grises a las que se enfrentan con mayor crudeza las nuevas generaciones.

Esto último muestra los efectos de fragmentación y pluralismo de sentidos en torno al trabajo y la política, no obstante no opaca la generación de esta inédita experiencia. Entretanto las respuestas culturales parecen estar hablando de lógicas más espontáneas de vivir el tiempo biográfico, con escasas proyecciones a largo plazo.

Al interior del grupo destacábamos que las tres dimensiones que sostienen y otorgan carácter a los productivos: los afectos, el rol del referente, y la movilidad de tiempo-espacio junto a sus opuestos: la desafección a la rigidez disciplinaria, a la jerarquía arbitrariamente impuesta y el tempo reglado de trabajo, hacen de esta una experiencia singular.

A su vez, la dinámica de prácticas sociales que generan los jóvenes con su intervención aparecen como comportamientos que siguiendo a Hopenhayn no resultan tanto de una estrategia de evaluaciones y toma de decisiones razonadas con anterioridad, sino más bien vinculados a un proceder guiado por un modo de pensar más desenfadado “obran de acuerdo a ese pensar, sin importar si coincide o no con los criterios parentales o institucionales. No es una autonomía políticamente reivindicada, sino espontáneamente ejercida”. (Hopenhayn, 2004, p. 5).

Siguiendo nuestro análisis las expresiones de los jóvenes presentan tanto un rechazo a una lógica verticalista como una exaltación por los lazos próximos generados en el espacio colectivo. Pero además presentan predisposiciones hacia las acciones de demanda colectiva, y múltiples estrategias de sustento de ingresos elementos que pueden llegar ser parte de una nueva subcultura juvenil. De aquí, cabe el interrogante de sí esto puede corresponderse a un desplazamiento de la lógica del trabajo obrera hacia una cívica de demanda.

Las formas informales de alternar tiempo de trabajo, tiempo de lucha, tiempo de actividades de militancia, es una posibilidad que abre la puerta para una disposición más amplia del tiempo de ocio, que como para todos los jóvenes de su época resulta invadido por el orden del consumo. En suma se trata de un tiempo social que por momentos responde con creces a las flexibilidades anunciadas para la dinámica del mercado laboral y las reestructuraciones que porta la globalización.

Bajo estas prácticas sociales que articulan los espacios del colectivo es evidente que el desarrollo de una tarea vinculada a un oficio y el rol mismo del trabajador no resultan una actividad ni cuestión única ni excluyente de la escena, pese a lo cual ninguno de los jóvenes entrevistados dejan de reconocerse como parte del colectivo de trabajadores.

Asimismo, los sentidos que otorgan a cada una de las dimensiones reseñadas reflejan una pluralidad que está en la base de las acciones individuales de estos sujetos que construyen la acción colectiva. De este modo las identidades individuales y colectivas son en sí mismas espacios de encuentros y desencuentros que guardan una trayectoria común.

En las prácticas y la dinámica de los grupos los jóvenes expresan pistas de una subcultura entre el desenfado, el desapego y la demanda sobre los derechos de un trabajo deteriorado. Generan espacios de construcción de nuevos lazos socio laborales de pertenencia donde circula una forma que enfatiza lo afectivo y lo emocional más que la producción material. En este punto retomando a Willis las respuestas culturales no son un modo pasivo sino una solución creativa a las demandas/denuncias contemporáneas al capitalismo.

La relación subjetiva que se establece con el trabajo, en este caso privilegiar los lazos afectivos, la independencia de movimiento, el rechazo y alejamiento de la competencia, incluso que el trabajo no sea la cuestión más interpellante en el mismo espacio laboral son pistas de una subcultura a contrapelo de las relaciones sociales y estructurales de la sociedad.

Estas actitudes tienen que ver con la revalorización de los afectos, el apego a cierta cultura de la flexibilidad en el manejo de su tiempo diario. También puede entreverse el escaso conflicto inter generacional entre los participantes de los grupos productivos. Este último aspecto, si bien excede las cuestiones abordadas en este texto, parece convivir con una suerte de acuerdos informales, bajo una mirada de los adultos mayores doble y ambigua, por un lado los discursos apuntan a la comprensión y despersonalización del joven en su situación como parte de la problemática social de su época: el desempleo; por otro lado, apunta a la individualización que señala y establece diferencias entre aquellos tildados de vagos o aquellos tildados de responsables es decir acentúa en una serie de atributos y actitudes personales.

CONCLUSIÓN

Siguiendo este breve análisis podría decirse que los afectos y la prioridad puesta en los lazos entre los compañeros en los productivos están supliendo la conformación de cofradías en colectivos salariales, trascendida por un eje fundacional de la acción colectiva la demanda hacia el estado de *trabajo digno*.

A su vez, los planes y su transitoriedad permiten reforzar sentidos de pertenencia al movimiento siendo un soporte material tanto en los tiempo de álgida protesta, es decir a inicios de su gestación como en los momento latentes en los cuales declinan los actos de protesta social, dentro de en un proceso histórico que ya lleva más de una década en gestación. Este sostén implicará una aceitada y cada vez más ágil burocracia al interior del movimiento especializada en la misión de atraer y gestionar las políticas sociales.

Entendemos que la experiencia analizada da pistas de una subcultura de sentidos plurales, que vagan entre el descontento y rechazo extremo a la

cultura verticalista, el desapego a un formato rígido de empleo y, una suprema valorización en defensa por gerenciar sus propios tiempos.

¿Entonces? Si estos jóvenes urbanos de sectores populares nacidos en la generación de los años ochenta comparten con sus congéneres la invasión de la mercantilización y el consumo impregnando todos los órdenes de la vida social, si se enfrentan a una época donde tambalean la figura obrera y los elementos identificatorios del trabajo “típico y formal”, si sus trayectorias vienen precedidas de una serie de desigualdades históricas características del mundo popular, ¿consiste este un giro cualitativo en sus comportamientos?, ¿estas respuestas culturales¹⁰ ante las políticas sociales serán sostenidas en el tiempo?, ¿es esta una experiencia de participación social, política y económica capaz de expandirse a futuro entre los jóvenes urbanos de sectores populares?

Sirvan estos márgenes, más que como un punto de llegada, un pasaje a interrogantes teóricos tanto nuevos como renovados que suscitan estas mixturas de reconfiguraciones frecuentemente tildadas como profanas.

BIBLIOGRAFÍA

Benedicto Jorge; Morán, María Luz (2002), *La construcción de una ciudadanía activa entre los jóvenes*. Madrid, Instituto de la Juventud, p. 141.

Castel, Robert, Gabriel Kessler, Denis Merklen, Numa Murard. (2013),: *Individuación, Precariedad, Inseguridad: ¿desinstitucionalización del Presente?*. Buenos Aires, Paidós, p. 176.

Dubar, Claude (2001), “El trabajo y las identidades profesionales y personales.” *Revista Latinoamérica de estudios del trabajo*, año 7, número 13, p. 5-16.

Dubet, François (2010) *Sociología de la experiencia*. Madrid, Editorial Complutense, p. 248.

¹⁰ Más allá del caso bajo análisis, lo interesante de introducir estos interrogantes van en línea con los planteos neo marxistas. En última instancia como argumenta Paul Willis, la politización de la cultura es una de las precondiciones para, un elemento orgánico del cambio estructural a largo plazo (Willis, 1998).

García Canclini, Néstor (2005) *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Paidós, p. 352.

Hopenhayn, Martín (2004), "Participación juvenil y política pública: un modelo para armar". I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, Caxambú- MG - Brasil, de 18- 20 de Setembro de 2004. División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Fernández, Juan Pablo (2012), "La implementación del programa Argentina trabaja en ámbitos subnacionales". Documento de trabajo 96, CIPPEC.
<http://www.cippec.org/documents/10179/51827/96+DT+PS+Argentina+Trabaja+Fernandez+2012.pdf/f6ab5c9e-fab2-4477-ab1b-50fd515cb3ed> [consultado el 10 de octubre de 2014].

Ranciére, Jacques. (2010), *La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero*. Buenos Aires, tinta limón, p. 544.

Martuccelli, Danilo (2007) *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires, Losada, p. 504.

Marrero, Adriana (2011), "Pluralismo, estructuración y construcción de la identidad en la educación media uruguaya: interacciones desde las trincheras", *Revista do Centro de Educação*, V. 36, n, 1, jan./abr.2011.p. 13-24.

Melucci, Alberto (1994), "Qué hay de nuevo en los movimientos sociales", en Enrique Laraña y Joseph Gusfierl (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Centro de Investigaciones sociológicas: Madrid, p.477.

Otero, Analía (2006), "Representaciones sociales sobre el trabajo: un estudio de caso con jóvenes del Conurbano Bonaerense participantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús", Tesis de Maestría en Gestión y diseño de políticas públicas. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Willis, Paul (1998), *Aprendiendo a trabajar*. Madrid, Ediciones AKAL S. A. -1º ed. 1977-1998.

Willis, Paul (2008), "Los soldados rasos de la modernidad. La dialéctica del consumo cultural y la escuela del siglo XXI". *rase Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*. Vol. 1., núm. 3, setiembre 2008. p. 43 -66.

